



# Madre primeriza a los 42: la suma de todos los miedos

**ENVIDIÓ A LAS LICEANAS QUE SE QUEDARON EMBARAZADAS SIN TERMINAR EL COLEGIO. ENVIDIÓ A LAS FLORES DEL CAMPO QUE SE REPRODUCEN LIBREMENTE. LA PERIODISTA ALEJANDRA MATUS RELATA SU ODISEA POR CONCEBIR POR PRIMERA VEZ A UN NIÑO DESPUÉS DE LOS CUARENTA AÑOS, CON LA NATURALEZA IMPLACABLE RESPIRÁNDOLE EN EL CUELLO.**

POR ALEJANDRA MATUS  
FOTOGRAFÍA: RODRIGO CHODIL  
PRODUCCIÓN: INÉS PICCHETTI



**E**stoy en el pasillo de mi casa. Súbitamente un líquido viscoso me corre piernas abajo. Me toco, me miro. Es sangre. Me tiendo en el piso helado. Lloro con todo el cuerpo. Lloro como nunca he llorado. Imploro que alguien, por favor, me lleve al hospital. Mi madre pasa a mi lado. Me dice que no es nada, que espere hasta mañana. Se va. Me quedo sola gritando, suplicando. ¡Por favor, por favor! ¡No quiero perder mi guagua! Me siento en la cama. Despierto ahogada, sudada y todavía reviviendo ese dolor infinito de perder un hijo. Me toco, me miro. Nada. Siento unas pataditas en el vientre. Todo está normal. Fue sólo otra de mis pesadillas.

Acabo de cumplir 42 años y seré madre por primera vez. Mi marido y yo nos sometimos a un tratamiento de fertilidad y nada nos da más alegría que haber vencido las estadísticas para llegar a dónde estamos hoy: con un embarazo de ocho meses, normal y avanzando a su fase final. Sin embargo, todavía estoy demasiado consciente de los riesgos. Las estadísticas para mujeres de mi edad son brutales. Las tasas de fertilidad espontánea de la mujer descienden drásticamente a partir de los 35 años. Después de los 40, es apenas de 15% y la probabilidad de sufrir un aborto espontáneo se acerca al 35%. Siento el poder implacable e inmisericorde de la naturaleza respirándome en el cuello. Lo respeto. Le temo.

### Una maldición

Comienzo por aclarar que no me cuento entre aquellas mujeres educadas para “realizarse” a través de la maternidad. Todo lo contrario. Soy hija de una profesora normalista que crió a tres hijos sola y quien, a fuerza de enseñarnos a aguantar el hambre durmiendo, consiguió que llegáramos a la universidad. A la Universidad Católica, ni más ni menos. Eso también fue torcerle la mano a las estadísticas.

A la edad en que yo estudiaba poco sabía de doctrinas feministas, pero, por razones más prácticas que ideológicas, desde que tuve conciencia consideré la maternidad como una maldición. Para mujeres como yo, una maternidad temprana significaba enterrar los sueños de un título profesional y volver a la casa, sin más perspectiva que pasar la vida criando mocosos y trabajando en lo que fuera.

Por eso, en mi época universitaria, me angustiaba cualquier síntoma de atraso en la regla. A falta de píldoras del día después, mis amigas y yo bebíamos infusiones de borraja ante la menor duda. Compartíamos datos de personas que hacían “remedios”, por si lle-

gaban a necesitarse. Y a pesar de las prevenciones, algunas de ellas cumplieron el sino de nuestra clase social: quedaron embarazadas y volvieron, derrotadas, al lugar de donde habían venido.

Yo nunca quedé embarazada. Me sentía afortunada por ello. Salvada. Terminé mi carrera en los cuatro años que duraba entonces, sin repetir ni equivocarme. Con la ayuda de algunos profesores comencé a trabajar antes de titularme. Era una chiquilla perseverante, obstinada, ciega a los obstáculos de viajar en micro desde Conchalí para llegar a las oficinas de mis entrevistados, en Providencia. A poco andar me abrí camino en áreas que, en aquella época, eran todavía cosa de hombres. Me importaban el país, los asuntos mundiales, que terminara la dictadura, el sentido de la existencia humana, el amor y los amigos. Ni siquiera pensaba en tener hijos.

Creo que la primera vez que me planteé la idea fue a los 26 años. Recién a esa edad chequeé el estado de mi salud ginecológica. “Ovarios poliquísticos. Eres infértil”, fue el diagnóstico. “¿Se quita? ¿Tiene tratamiento?”, pregunté. “Te puedes tratar cuando realmente quieras embarazarte”, me respondió la doctora. “Antes, no tiene caso”. Yo me encogí de hombros y seguí con mi vida. No escuchaba el llamado de ningún reloj biológico.

Así pasaron los años. Escribí tres libros y cientos de artículos y reportajes sin volver a plantearme el tema. Tras la publicación de *El libro negro de la justicia chilena* y viviendo como asilada política en Estados Unidos, en medio de la gran batahola que causó la censura de aquella obra, me casé. Tenía 34 años. Mi marido, un estadounidense, no /quería/ hijos. Yo no /podía/ tenerlos. La diferencia entre nosotros era un matiz que poco importaba en ese entonces. Mi mente estaba ocupada en la libertad de expresión y en la censura que pesaba sobre mi libro.

Por aquel tiempo uno de aquellos quistes ováricos creció desorbitadamente y, buscando un tratamiento para ese mal, descubrí que padecía de resistencia a la insulina, un desorden endocrinológico que recién los médicos comenzaban a asociar al síndrome de ovario poliquístico. El diabetólogo que me puso en tratamiento me dijo, como al pasar: “Un efecto colateral de tratar la resistencia a la insulina en las mujeres es que muchas quedan embarazadas, porque con frecuencia se sanan del ovario poliquístico”. Sentí una extraña e inesperada alegría, pero pensé en mi marido, que no quería hijos, y la reprimí en el acto.

Cuatro años más tarde había regresado a Chile y me encontraba al borde del colapso general, dirigiendo una revista con pocas posibili-

dades de sobrevivir –Plan B– y viviendo de hacer clases en varias universidades y de escribir esporádicamente en algunos medios, como esta revista.

Entonces el presagio del diabetólogo se cumplió.

### Lecciones de una pérdida

Nunca pensé que estuviera embarazada. Estaba atrasada, pero eso no era tan inusual en mí. Mi regla se había regulado sólo en el último tiempo, como efecto secundario del tratamiento por mi resistencia a la insulina.

Fui a la ginecóloga presintiendo que el atraso se debía a que la terapia había retrocedido, pues, desde que había regresado de Estados Unidos, no había vuelto a controlarme. La doctora era la misma que me había diagnosticado infertilidad a los 26 años. Me preguntó si me había hecho un test de embarazo. “No, yo no puedo tener hijos”, le respondí. Ella sonrió y me dio una orden para un test de sangre. “Chequea primero, para descartar”, me dijo.

No pude esperar el resultado del examen de sangre y me compré un test en la farmacia. Tenía que usar la primera orina de la mañana para hacerme la prueba, pero a las dos de la madrugada, insomne, me levanté para salir de dudas. Cuando vi esa raya azul que, según las instrucciones, indicaba embarazo, tuve una reacción que nunca había experimentado. No era emoción. Venía de mi cuerpo. Era una alegría física.

Pero entonces sobrevino el enfrentamiento inevitable. Era profundamente cierto que mi marido no quería ser padre y la noticia le cayó encima como anuncio de funeral. Me dio mil razones por las cuales no debíamos tener ese hijo. Me pidió que abortara. Me comprometí a pensarlo, aunque no lo pensé. Después de la reconfirmación del examen de sangre, le informé que tendría ese hijo, con él o sola. El aceptó la realidad a regañadientes.

El primer mes de embarazo lo viví en medio de lágrimas, discusiones y dificultades laborales, pero me sentía estúpidamente invencible. La ginecóloga me ordenó suspender la ingesta de todo medicamento, incluyendo el que me ayudaba a regular la producción de insulina, y yo le obedecí ciegamente, sin siquiera pedir una segunda opinión.

Dos días después de hacerme la primera ecografía y ver en la pantalla un saquito dentro del cual latía un corazón, descubrí una pequeña mancha rosada sobre el inodoro, al orinar. Yo sabía que era sangre, pero no quise creer que era mía. Las gotitas aumentaron el resto del día y para cuando la ginecóloga me mandó a la cama ya era evidente que el contenido de mi útero se precipitaría hacia el alcantarillado. Cuando ocurrió, otra vez mi cuerpo tomó posesión de todo. Lloré de una forma desconocida por mí. Lloré desde las entrañas, con espasmos incontrolables que me sacudían entera.

Tenía poco más de seis semanas de embarazo. La amenaza de un aborto espontáneo antes de cumplir las 20 semanas de gestación también aumenta con la edad. Jurídicamente, el estatus del fruto de mi vientre era apenas de “embrión”, pero para mí fue la muerte de un hijo, cuyo desvanecimiento me dejó una pena imborrable. Cumplí 38 años descubriendo, asombrada, la potencia del sentimiento maternal que ya no dejó de agitarse en mí.

“Lo aconsejable es que de inmediato intentes quedar embarazada de nuevo”, me dijo la ginecóloga, como si sólo dependiera de mí. Yo

no le conté que, tras el episodio, mi pareja sólo reforzó sus sentimientos antipaternales y nada, ni siquiera la terapia psicológica a la que nos sometimos, logró ponernos de acuerdo.

### El regalo de alberto

Sería injusto decir que esa pérdida fue lo único que me separó del gringo, como tampoco fue el instinto maternal el que me llevó a enamorarme de Alberto, mi actual marido. Lo que nos ocurrió tiene otras explicaciones, o tal vez no las tenga, pero cuando descubrí que mis sentimientos por él eran inaplacables, le confesé mis anhelos maternales. En un café atiborrado de oficinistas, le dije, sosteniéndome de sus manos, que estaba dispuesta a renunciar a ellos si él no los compartía. Mirándome como si se hubiera anclado a mis ojos, Alberto, quien es padre de dos veinteañeros que viven en Europa, me respondió que tener un hijo conmigo lo haría inmensamente feliz. Fue un regalo del destino, justo en el momento en que mi reloj biológico gustaba sus últimos granos de arena.

Pero cumplir el deseo no fue fácil. La resistencia a la insulina estaba bajo control y los quistes ováricos hacía tiempo que habían desaparecido, pero yo no quedaba embarazada. La endocrinóloga a la que había comenzado a ver estaba confiada, pues yo había quedado embarazada una vez y Alberto había sido padre. Sin embargo, pasaron seis meses sin resultados y decidió hacernos exámenes para determinar si teníamos alguna dificultad física. Él se sometió al desconsiderado espermiograma y yo, a chequeos con un especialista de la Clínica Las Condes, quien descubrió que tenía pólipos en el útero y que ambas trompas de Falopio estaban obstruidas e inutilizables.

Se hizo necesaria una cirugía para sacar los pólipos y un tratamiento con antibióticos para combatir una endometritis crónica que se descubrió en la biopsia tomada en el pabellón. El equipo que me operó determinó que intentar corregir el problema de las trompas era inconducente porque el pronóstico era muy malo. A mis 41 años no tenía tiempo que perder. Según las estadísticas a esa edad la reserva ovárica está en plena decadencia. Por lo tanto, la respuesta fue: es necesario un tratamiento de fertilización asistida. Es decir, la concepción ocurriría fuera del vientre.

Antonio Mackenna, el especialista que se hizo cargo de nuestro caso, nos explicó fríamente la situación: teníamos una reserva ovárica aceptable y un espermiograma alentador, pero mi edad era un factor de fracaso indesmentible.

Según datos de la Unidad de Medicina Reproductiva de esa clínica, la tasa de éxito para el año 2006 en tratamientos de reproducción asistida en mujeres de 40 años o más fue apenas superior al 25 por ciento (el promedio latinoamericano es aún más bajo: casi 18 por ciento). Es decir, en mi rango de edad, siete u ocho mujeres de cada diez no pudieron, ni con la ayuda de la medicina más avanzada, romper las determinaciones biológicas.

### El precedente Bolocco

Lo primero fue someterme a una estimulación hormonal, por medio de inyecciones, para hacer madurar los ovarios desde donde Mackenna “cosecharía” los óvulos para fecundarlos en un laboratorio. Las instrucciones sobre las horas y forma en que debe cumplirse cada paso son intimidantes. A veces tenía que inyectarme cuatro dosis de hormonas al día –dos intramusculares y dos intracutáneas–, que

*“En el laboratorio sólo uno de los óvulos fecundó. Era el mínimo minimorum de un tratamiento de fertilidad. Nuestras opciones de éxito eran inferiores al 10%. Ese 6 de junio de 2007 en que me interné para la transferencia, Alberto vio por la pantalla del ecógrafo cómo nuestro huevo subía por una cánula y volaba para perderse en la oscuridad del útero. Yo sólo vi su mirada de asombro, mientras apretaba su mano”.*



**“Durante esta espera he sido feliz. Pero no confío en la omnipotencia de la ciencia. Las mujeres tenemos más derechos y oportunidades que nunca, pero las leyes de la evolución siguen prefiriendo los embarazos antes de los 24 años”.**

debía llevar a todas partes conmigo en un pequeño cooler para que mantuvieran la temperatura adecuada. Es un esfuerzo imposible de cumplir sola. La colaboración en cada paso de Alberto y de mi madre, que me puso las inyecciones, fueron vitales para seguir adelante.

Pese a todo la incertidumbre acechaba: el primer esfuerzo fue estéril. Mis ovarios apenas maduraron un solo óvulo y el médico necesitaba al menos tres.

En esos días envidié la fertilidad de aquellas amigas que estropearon su futuro profesional a los 20 años, la de las muchachas que se embarazan antes de salir del liceo, la de las flores que se reproducen a orillas de la línea del tren.

Mientras esperábamos la evolución del segundo intento, Alberto y yo fuimos a una sesión de grupo con una terapeuta y profesionales de la clínica. Ahí conocimos a otras tres parejas que querían tener hijos. Descubrí en ellos las mismas obsesiones que estaba viviendo yo: “¿Habrá fracasado el primer intento porque me puse las inyecciones en un ángulo equivocado o porque lo hice cinco minutos tarde?”.

Una mujer morena casi de mi edad –a quien llamaré Andrea–, que había ido sola, nos confesó que llevaba ocho años intentando embarazarse y que ahora se jugaba la última carta. Su marido, quien tenía hijos de una relación anterior, no estaba dispuesto a seguir adelante y le había “permitido” este último intento, sólo porque ella había rogado y llorado mucho.

“Si ustedes consiguieron que la Bolocco quedara embarazada, ¿cómo no van a poder hacerlo con nosotros?”, preguntó alguien, interpretándonos a todos. ¿Por qué ella y nosotros no?

### El milagrito

En la segunda “cosecha”, el doctor Mackenna obtuvo apenas tres óvulos de mis ovarios sobreestimulados. En el laboratorio sólo uno de ellos fecundó. Era el mínimo *minimorum* de un tratamiento de fertilidad. Lo óptimo es fecundar entre tres y cinco óvulos, para transferir dos o tres al útero y esperar que al menos uno se implante y se quede allí.

Nuestras opciones de éxito eran bajísimas, inferiores al 10%, según nos advirtió el doctor. Ese 6 de junio de 2007 en que me interné para la transferencia, Alberto vio por la pantalla del ecógrafo cómo nuestro “huevo” subía por una cánula y volaba para perderse en la oscuridad del útero. Yo sólo vi su mirada de asombro, mientras apretaba su mano. Tuvimos que esperar otros quince días para que un examen de sangre determinara si esta vez la ciencia prevalecería sobre la porfiada naturaleza. El doctor me llamó al celular personalmente: “Alejandra, los milagros ocurren”, me dijo.

Alberto y yo recibimos la noticia en el estacionamiento de un edificio. Lloramos y nos besamos, pero nos prometimos mantener la calma. Yo sabía que quedar embarazada era sólo el primer paso. Todavía tenía que pasar la barrera del tercer mes. Por esos días me encontré con Andrea, que estaba siguiendo un tratamiento muy parecido al mío. Nos deseamos suerte, con la intensidad de dos presas que esperan conocer una sentencia de vida o muerte.

Los primeros meses de embarazo me pasé vigilando cualquier variación del color de las manchas en mi ropa interior. Era difícil, porque en esa etapa debía usar supositorios de progesterona recubiertos por una membrana rosada. Apenas había cruzado la barrera de las seis semanas, cuando descubrí las temidas gotas achocolatadas y su horrible presagio de pérdida. Le pedí a Alberto que me llevara a la clínica. Eran las 3 de la mañana. Ese viaje fue el más largo de mi vida. Las gotas habían aumentado profusamente y yo presentía que la peor de mis pesadillas estaba por cumplirse. El miedo y el desconsuelo pujaban por apoderarse de mí.

El médico que me atendió esa noche se apresuró en tomar muestras de fluidos y en hacer la ecografía de rigor. Casi no podía creer en sus palabras: todo estaba normal. El corazón de nuestro hijo, un embrión, latía 159 veces por minuto. El sangramiento podía deberse a una reacción a los supositorios. Daba lo mismo. Lo importante era la certeza de que todo seguía avanzando en forma normal.

La siguiente meta fue superar los cinco meses de gestación. Antes de ese límite la expulsión del feto se considera técnicamente un aborto, por más que uno lo haya visto formado y pateando en las ecografías. En caso de que nazca, sus posibilidades de sobrevivida son casi nulas, aunque el equipo médico intente salvarlo.

Por esa fecha me atreví a preguntar por Andrea. Una matrona me informó que su último intento había fallado y que ella ni siquiera había vuelto a averiguar por qué. Todavía me pesa imaginar el dolor que debió sentir.

Hubiera querido abrazarla, darle consuelo, esperanzas, pero también sabía que mostrarme embarazada ante ella equivalía a abofetearla.

### Un privilegio

Sólo cuando superé la etapa del séptimo mes, me sentí más segura: si el parto se me adelantaba, sabía que mi hijo podía sobrevivir.

En estos ocho meses me he prodigado en los cuidados que mi edad, mi salud, y algunas supersticiones exigen: no toqué más a mis gatos, por miedo a la toxoplasmosis; vigilo mi salud bucal, por la incidencia que tienen las infecciones de las encías en los abortos, y me he privado de chocolates y tortas para evitar que la insulinorresistencia se convierta en diabetes gestacional.

Durante esta espera he sido feliz. Ni siquiera sufrí mareos o vómitos. Pero ha sido difícil bajar la guardia. Sé demasiado como para confiar en la omnipotencia de la ciencia. Las mujeres tenemos más derechos y oportunidades que nunca en la historia, pero las leyes de la evolución y el estado biológico de nuestros cuerpos siguen prefiriendo los embarazos antes de los 24 años de edad.

Ya no me siento invencible, como antes de este embarazo, sino vulnerable. Sé que la suerte de Andrea hubiera podido ser la mía. Tener un hijo a los 42 años no es un derecho natural, sino un privilegio que agradezco todos los días. ·